

Introducción

JOSÉ LUIS FERNÁNDEZ DE LA TORRE

Probablemente haya quien piense que escribir prólogos o introducciones como ésta es perfectamente inútil o algo prescindible (con no leer... basta). Detrás de esta opinión subyace el convencimiento de que se trata de *un muy modesto menester*, aunque sea un convencimiento lamentablemente equívoco: no hay *géneros viles* o de *alcurnia* separados por su extensión o situación en el texto o volumen colectivo.

Sabemos también que la extensión de predicamento, hace acreedor a mayor fama y la brevedad no atrae merecimientos y es que el prólogo o nota introductoria, en la mayoría de los casos, linda con la pseudoratoria de sobremesa o los panegíricos y, por tanto, es propenso a la hipérbole (ir-)responsable, que a —veces— no admite perdón. Pero también no siempre se caracterizan estos prólogos—notas por su torpeza o mediocridad, sino por su utilitarismo.

“No pienso, anoto” decía Pierre Reverdy (*Le gant de crin*) y en esta anotación quisiera contextualizar las páginas que siguen y que son producto o resultado del *X Ciclo de Poesía Española Actual: In memoriam Miguel Fernández*, organizado por la dirección Provincial del Ministerio de Cultu-

ra en Melilla con el patrocinio del Centro de las Letras Españolas, de la Dirección General del Libro y Bibliotecas y la colaboración de la Fundación Municipal Socio-Cultural y el Centro Asociado de la UNED en Melilla, y dar audiencia así a su recuerdo.

Como ya no es posible hablar–escribir inocentemente y estamos situados ante la hiriente estrategia de la ausencia–presencia voy a recordar lo que no hace mucho señalaba un importante historiador: “La única ley de la historia es el azar”.

Y es que la historia, como la muerte, nos coge casi siempre desprevenidos. La historia de una nación o ciudad, al igual que la historia de un individuo, consiste más en lo que se *olvida* que en lo que se *recuerda*. En este sentido, la historia como proceso es también una *pérdida*, una acumulación de *azares excluidos*.

Podría afirmarse, sin embargo, que en los trabajos que siguen, las instituciones que estuvieron implicadas en este *In memoriam* son conscientes e intentaron romper esta sucesión de *azares excluidos*.

No pretendimos organizar una *devotio ibérica* ni quisimos caer en el exceso de los papeles de lujo y contenidos vacuos. Si con Miguel Fernández no había peligro de faraonismo ni de desmesura, nosotros también quisimos retomar su sentido del equilibrio y vincular la óptima formación literaria y humana con la independencia, objetividad, falta de prejuicios, amplitud de criterios y su gusto literario basado en la calidad, sin exclusividades, fundamentalismos o neopotismos.

Miguel Fernández sabía exactamente cuál era el tributo que tenía que pagar por haber sido toda su vida un *escritor inclasificable*, a caballo entre lo que se denominó generación del 50 y los Novísimos, esto es, un escritor que reúne varias tendencias contradictorias: la independencia más arisca y la fidelidad más completa (a su ciudad, a sus amigos), solitario y relacionado, la exigencia más alta y la comprensión, la timidez y la insolencia, la esquivez y la amabilidad, un cierto narcisismo ingenuo y un cierto fascinado horror hacia sí mismo y los demás. Sobre todo, es un *punto de referencia*, un poeta al que se vuelve una y otra vez por esa peculiar construcción del *sentido* y la *escritura*.

Por eso, en las dos mesas que se dedicaron a Miguel Fernández los días 19 y 20 de octubre de 1993 y los trabajos que hemos incorporado en este monográfico-colectivo nos ocupamos de lo que muy precisa y exactamente Miguel Fernández es por definición: *un poeta*. Un poeta que irrumpe con personalidad propia en el panorama de la literatura española en los cincuenta, que a lo largo de los años ha seguido su camino solitario y literario con un ritmo inexorable, riguroso, siempre fiel a sí mismo, sin desfallecimiento, con un tono personalísimo y siempre identificable en todos sus libros, aunque dentro también de una evidente variedad de modos poéticos y una coherencia estético-moral que lo distingue de los demás escritores más o menos coetáneos a él o de su entorno.

Precisamente éste fue el objetivo último del homenaje: propiciar y articular *miradas críticas* sobre la producción de Miguel Fernández, atrevernos a enfrentar una metáfora con otra para dilucidar esta experiencia poética. Aunar, sin melancolía, ausencia y memoria ahora que su pérdida es irreparable.

Quisimos evitar el ejercicio de urgencia y los *miedos huérfanos* para *transfigurar la sed en una descendencia*. Éste es el desafío que ahora, lector, tienes que valorar.